

LOS SABERES INVISIBLES LES SYSTEMES EDUCATIFS

Esther Charabati Nehmad¹

¹ Colegio de Pedagogía de la División de Estudios Profesionales, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, email: chara2005@gmail.com

Resumen:

Las modificaciones introducidas por los sistemas educativos actuales, de las cuales la más importante es la evaluación, ha puesto la lupa sobre uno solo de los actores, los maestros, con el fin de demostrar su falta de formación y capacidad. En este artículo pretendemos rescatar algunos de los saberes que los maestros han venido transmitiendo en la escuela y que han sido ignorados o invisibilizados.

Palabras clave: Saberes, Maestros, Evaluación, Escuela.

Abstract:

Les changements introduits par les systèmes éducatifs actuels, dont le plus important est l'évaluation, a mis la loupe sur l'un des acteurs, des enseignants, afin de démontrer leur manque de formation et de capacité. Cet article vise à sauver une partie des savoirs que les enseignants ont transmis à l'école et ont été ignorés ou « invisibilisés ».

Key words: Savoirs Professeurs Evaluation École

Recepción: 6 de marzo

Aceptación: 18 de marzo

Forma de citar: Charabati, E. (2016) “Los saberes invisibles” *Voces de la Educación. 1 (2)* pp. 12-15.

LOS SABERES INVISIBLES

Supongo que fue para justificar la existencia de la escuela y asegurarse de que todos los niños asistieran. Si iban a acabar creándose secretarías, sindicatos, organismos internacionales, universidades, jardines preescolares, colegios de postgraduados, instituciones para enseñar a aquellos que a su vez iban a enseñar... en fin, que si la educación iba a acabar llevándose una buena parte del presupuesto, más valía establecer por decreto que los saberes se obtenían en la escuela y sólo en la escuela. Se llamaron conocimientos, se aprendían de memoria gracias a la sabiduría y generosidad de los docentes, que se conjugaba con la buena disposición sanguínea de los alumnos (léase aquella verdad imperecedera: “la letra con sangre entra”).

El saber se volvió así propiedad de la escuela, propiedad privada que el Estado benefactor y magnánimo compartía cada vez con más ciudadanos dispuestos a incorporarse a la senda del progreso. Para lograrlo, debían cambiar sus creencias y supuestos por conocimientos legítimos, validados por el pensamiento racional.

Así fue como todos los niños empezaron a adquirir conocimientos serios —con títulos serios como gramática, física y biología, historia, civismo y geografía— que sólo podía transmitir el maestro, el Gran Ídolo.

Y de pronto... llegó el ocaso de los maestros. Hoy, que la tecnología pone al alcance de todos los que tengan una computadora más información de la que podamos procesar en una vida, vienen antiguos alumnos, aquellos que sólo encontraron información en la escuela, a decir que los maestros —como tantas otras cosas— se han vuelto prescindibles: todo lo que enseñan se encuentra en internet.

Una no puede evitar una sonrisa ante tanta ingenuidad: creyeron que lo que aprenderían de sus maestros era la información que les daban en clase. Creyeron que lo importante eran los nombres de los ríos, de los huesos y de los elementos; cuando repetían de memoria los hechos principales de la segunda guerra mundial creían que entendían lo que había sucedido en esa guerra; creyeron que enlistando los movimientos artísticos del Renacimiento al siglo veinte serían cultos. Y entonces... no aprendieron nada.

No aprendieron lo que sus maestros podían transmitirles: el entusiasmo que se puede sentir al despejar una ecuación o al recitar un poema. Porque el entusiasmo que provoca el saber es un saber en sí mismo, quizá el más importante.

Por poner atención en los datos —que la mayoría de ellos hoy habrán olvidado— no aprendieron cómo razonaba el maestro, cómo fundamentaba sus juicios; no se dieron cuenta si imponía dogmas o los dejaba pensar en libertad, si los retaba o los descalificaba. No aprendieron cómo pensar y cómo juzgar.

Preocupados por los contenidos que luego tendrían que verter en los exámenes, no atendieron a los recursos del maestro para lograr que dos o tres docenas de alumnos desobedientes, con exceso de energía y ganas de jugar, desinteresados, peleoneros, en

ocasiones groseros y conflictivos, aprendieran. O por lo menos, convivieran. No se han dado cuenta hasta hoy de que esos saberes organizativos y estratégicos son invaluableles.

Muchos no saben todavía trazar una línea bien recta, pero adquirieron otros saberes: cómo mediar entre dos personas enojadas, cómo reparar una falta o pedir una disculpa, cómo hablarle a alguien cuando está sufriendo, cómo echarle la mano a quien lo necesita. Algunos lo aprendieron en la casa, otros en la escuela; otros tuvieron la suerte de tener un maestro distinto a sus padres porque descubrieron que había distintas posibilidades de ser en la vida.

En pocas palabras, hoy, después de algunos siglos, nos damos cuenta de que no fuimos a la escuela sólo para obtener conocimientos; la información que está en internet antes estuvo en las bibliotecas y aunque no era tan accesible no era eso lo que buscábamos, ni lo que las generaciones adultas querían heredar a las jóvenes. Sabían algo y pensaban que ese saber era valioso porque les ayudaba a vivir mejor, a ser mejores y a decidir mejor. Esos saberes eran los que querían transmitir a través de la escuela.

A medida que la escuela se ha vuelto “para todos” ha mostrado que cumple a cabalidad con otra función no menos importante: la escuela es el lugar donde los niños aprenden a vivir en sociedad, a respetar reglas y a hacer amigos. Algunos no lo aprenden, es cierto, probablemente tampoco lo aprenderán en su casa ni en la calle. Pero la escuela, cualquier escuela, es una oportunidad de desarrollar un gran número de saberes que quizá se puedan adquirir en otros lugares pero que hasta ahora la experiencia nos ha demostrado que se adquieren en la escuela. En algunos países es cada vez más aceptado no enviar a los hijos a la escuela, siendo los padres los que toman a su cargo la educación de los hijos. Con ello evitan una gran pérdida de tiempo y los ponen a salvo de ciertos riesgos que no se pueden negar: bullying, maltrato, marginación... Pero la vida no está hecha a prueba de riesgos, y uno no sabe de qué priva a los hijos mientras los protege: de los amigos, de las responsabilidades, de los límites que ponen los compañeros, del afecto y, probablemente, del ejemplo de algún maestro.

Esther Charabati Nehmad

Licenciada en Filosofía y Doctora en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Realizó una estancia posdoctoral en la Universidad Iberoamericana. Sus intereses siempre han girado en torno a la ética, la educación y los derechos humanos. Algunos de sus libros —El oficio de la duda, Rasgando el tiempo. Los judíos, extraños en la casa y Contra la autoridad. De aulas y silencios, No soporto el paraíso— dan cuenta de esta preocupación. Su tesis doctoral fue una investigación sobre la transmisión del legado de los judeoalepinos en México. Ha editado las revistas Desde Bet-El, Lev Kadima y Horizontes. Fue columnista en el periódico El Mañana de Nuevo Laredo y en el periódico El Centro con la columna Ética cotidiana. Es colaboradora de revistas en México, España y Argentina. Es creadora y coordinadora del único café filosófico del Distrito Federal desde el año 2000. Actualmente es investigadora invitada en el Seminario de Formación Teórica e Investigación: Saberes, sujetos y experiencias pedagógicas alternativas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es profesora de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.